

MENTIRAS SINCERAS

Enmascarados

Juan Carlos Dobado Castañeda

Marina Morales Díaz

*A Manuel, mi padre, y a Pepe Almeda.
A mis abuelos Ángeles y Pedro que se vieron obligados
a bajar antes de tiempo de este tren
cuando aún les quedaba mucho camino por recorrer.*

*Aunque creas en las personas, es posible que todas escondan algo
que nunca jamás pueda ser contado*

CAPÍTULO 1: El inquietante silencio

—¡Socorro! ¡Sacadme de aquí! ¿Nadie puede oírme? ¡Necesito ayuda!
—suplicaba la joven desconsolada.

Todo estaba oscuro y lo único que le permitía seguir en contacto con la realidad eran sus pensamientos... “¿Cómo he acabado aquí?”, era la única pregunta que se hacía y que resonaba en su mente. Como madera que arde en el fuego, sus energías desaparecían lentamente. Se encontraba en aquel lugar húmedo y lúgubre esperando descubrir un destino ante todo incierto. No sabía dónde estaba, todo parecía moverse y de vez en cuando un estruendo metálico le hacía volver a la realidad. Atada de pies y manos en el suelo, el dolor por los golpes se hacía insoportable. Podía sentirlo no solo en su cuerpo, sino también por el sabor de la sangre en sus labios. En soledad recordaba por qué había llegado allí, por qué se había adentrado en ese camino que desde un primer momento no le había mostrado nada bueno... Una verdad esquiva e incierta que no le había traído nada más que problemas. Aunque su instinto era gritar para conseguir ayuda, temía que sus súplicas fuesen escuchadas por la persona equivocada. De repente, el golpe de una puerta metálica la enmudeció al saber que alguien volvía a visitarla. Su cuerpo temblaba incontrolablemente mientras escuchaba cada vez con más fuerza como unos pasos se acercaban hacia donde se encontraba. Aquel extraño llegó, se situó frente a ella y se mantuvo inmóvil observándola sin decir nada. La joven supo que su viaje había acabado al observar como aquel extraño sujetaba en su mano un arma que

posiblemente sería la que la liberaría de su cautiverio de una vez por todas.

Veinticinco años antes... Madrid, años ochenta

Era un momento de estabilidad y seguridad, tanto profesional como sentimental, para Martín Salvatierra, Héctor Balaguer y Enrique Ruiz. Los tres amigos y ahora socios habían fundado la empresa Barusa Asociados. Aunque cada uno tenía sus respectivos negocios, un día decidieron asociarse. Aquella fue una decisión que les uniría para siempre... ¿O no?

Martín era un madrileño de ojos marrones, moreno y de figura cuidada. Siempre había sido un joven alocado y debido a su carácter se ganó la simpatía de innumerables personas que más tarde le sirvieron de ayuda para su negocio. Se licenció en Conservación y Restauración inspirado por su padre, un famoso y conocido carpintero local. Durante su etapa universitaria conoció a su compañera de batallas y actual esposa Isabel, una joven pintora que le encandiló con sus enormes ojos verdes, su tez blanca y su pelo moreno que hacía resaltar aún más su mirada.

Martín se levantó temprano, como todas las mañanas, para organizar el trabajo en su despacho antes de que sus hijas se despertaran. El matrimonio contaba con dos preciosas niñas, Daniela de dos años y Alejandra de uno. En su despacho, Martín trabajaba últimamente con una espectacular caja con motivos mozárabes. Para abrirla se necesitaba una llave que para él tenía algo especial y que todavía no había logrado descifrar. La llave era muy antigua, con un cuerpo cilíndrico bastante

grueso, aunque lo que más llamaba su atención era la parte superior. En ella se podían observar cuatro huecos en forma de alas de mariposa inclinadas ligeramente hacia el centro, quedando en medio un pequeño cuadrado. En general, toda la parte superior parecía crear una forma floral o símbolo desconocido. Martín guardaba esa caja como su tesoro más preciado y nadie sabía de su existencia. Se la había enviado un gran amigo que tenía en Nueva York y que trabajaba para una empresa de su mismo sector. Le había solicitado expresamente que la estudiara, tasara y, una vez tuviera toda la información y los datos pertinentes, se la hiciera llegar de nuevo. Martín introdujo la llave dentro de la cerradura y con un ligero clic la tapadera se abrió. En su interior se podían ver unos guantes azules y un papel con la siguiente anotación:

Ahora comienza todo

OVO

El teléfono de su despacho sonó en el preciso momento en el que Martín estaba leyendo aquella nota. Se trataba de su amigo y socio Héctor, que le pedía que le pasase a buscar porque aquella mañana su coche había decidido no arrancar. Martín guardó rápidamente todo bajo llave y salió de casa.

Héctor Balaguer era un hombre moreno, de tez blanca y ojos marrones de origen catalán. Cuando contaba con la edad de quince años, sus padres se tuvieron que mudar a Madrid por cuestiones laborales, concretamente al mismo bloque de pisos donde vivía Martín con su familia. Desde un principio se hicieron amigos y así habían seguido durante todo este tiempo. Héctor había estudiado Administración y Dirección de Empresas en

Madrid y estaba casado con Ágata, una mujer de ojos negros, tez morena y pelo negro. Ella había estudiado Ciencias Empresariales y había sido su novia desde que eran adolescentes. Hoy en día formaban un matrimonio feliz que contaba con una hija pequeña de dos años llamada Mónica.

Cuando llegaron a la empresa, Enrique ya se encontraba en su despacho trabajando. Él era de origen cordobés, estudió Arquitectura Técnica en Madrid y fue compañero de Martín en alguna que otra fiesta. Se había casado con Leticia, una joven gallega, rubia, de ojos azules y rasgos nórdicos que dejó su tierra para estudiar en Madrid la carrera de Informática de Gestión y Sistemas, una profesión muy poco asociada a mujeres y para la que mostraba una gran capacidad. Actualmente, Leticia trabajaba para un bufete de abogados gestionando todo lo relacionado con los aspectos técnicos e informáticos. Eran padres de un niño de un año llamado Adrián.

Las tres parejas tenían una sólida amistad que les llevó a compartir muchos momentos juntos. Antes como amigos y ahora además como socios fundadores de la empresa Barusa Asociados. Todos ellos aportaron sus conocimientos y experiencia profesional para crear un negocio sólido y completo. Todo había comenzado cuando un día Enrique les pidió que se reuniesen en su casa porque quería contarles algo. Allí les informó de que había tenido una idea en relación con sus negocios o una “visión”, como él lo llamó. La idea consistía en crear una única empresa, fusionando las que ellos ya tenían en una sola, destinada a la compraventa de bienes, ya fuesen muebles o inmuebles. Tenían todo para crear una unidad: la empresa de Martín pondría todos sus conocimientos sobre restauración, no solo de objetos, sino también de edificios y otros bienes; la empresa de Héctor aportaría la parte de asesoría administrativa, gestionaría todos los aspectos legales y de administración, y por último la empresa de Enrique se dedicaría a la tasación y distribución trabajando codo con codo con

Martín. De esta forma se ahorrarían en mediadores y todo sería administrado por ellos mismos. Transcurridos varios meses de gestiones y papeleo, las tres empresas quedaron fusionadas con una única condición: Ágata, la esposa de Héctor, debía ocupar un puesto en la misma.

En menos de un año Barusa Asociados ya no solo trabajaba a nivel nacional, sino que había ampliado sus fronteras de compraventa a algunas regiones europeas. Había pasado de ser una empresa de unos cincuenta trabajadores a tener más de doscientos y de tener tres departamentos básicos a más de diez. Gracias a los contactos de los tres socios, la cartera de clientes seguía aumentando.

Como todas las mañanas Martín y Héctor llegaban a la vez al trabajo y en cambio Enrique, el más madrugador, ya se encontraba allí. Los tres socios a media mañana se reunirían en la sala de juntas para estudiar el rumbo que estaba tomando la empresa. Recientemente, se les había planteado la posibilidad de crear lazos con una empresa en Estados Unidos. Martín contaba con amigos en Nueva York, entre ellos algunos compradores, coleccionistas y un directivo de una empresa americana que se dedicaba a su mismo sector. Al parecer estaban teniendo problemas y con toda seguridad esta empresa debía ser reflotada. El alto directivo al que conocía era Brandon Bennet, un prestigioso empresario que por unas malas gestiones de su hijo en las sucursales de Chicago y Los Ángeles, había puesto en serio peligro su sede central de Nueva York. Necesitaba urgentemente la ayuda de una empresa inversora para poder seguir con sus tres negocios adelante. Los tres amigos sopesaron y meditaron muy bien la decisión y no dudaron en concretar una cita con Brandon Bennet para discutir acerca de las condiciones de expansión o reflotación de la misma. Los tres socios, a pesar de las diferentes opiniones que pudieran tener, buscaban un objetivo común: que Barusa Asociados creciera. Esto supondría un beneficio económico para todos, además de nuevas

incorporaciones para la empresa y un mercado más amplio a nivel internacional.

Una semana después y tras decidir aventurarse en este proyecto, Bennet viajó expresamente a Madrid para reunirse con Martín, Héctor y Enrique. La reunión transcurrió sin ningún tipo de alteración y todos expusieron las condiciones de trabajo y las pautas a seguir. La alianza fue clara y mediante la firma de un contrato y un apretón de manos, Barusa Asociados se fusionó con la empresa norteamericana. Todos firmaron el documento quedando sus apellidos reflejados: Salvatierra, Ruiz, Balaguer y por último Bennet.

Días después, los tres directivos se reunieron con los directivos de los distintos departamentos para notificar los últimos acontecimientos. Sería una gran oportunidad para aquellos gerentes y coordinadores que quisiesen formar parte de la nueva sede y para aquellos trabajadores cualificados que solicitasen el traslado. Se animó a los presentes a intervenir si tenían alguna propuesta o algo que destacar y Ágata, como representante del Departamento Financiero, informó que para la gestión de la nueva sede ella podría recomendar a personas cualificadas. Se tomó nota de todo y los directivos comunicaron que, a partir de ese instante, dependiendo de lo que se tardase en la gestión, se iniciaría la nueva apertura. Con motivo de la unión de las empresas, Martín, Héctor y Enrique decidieron hacer una celebración con todos los trabajadores que se llevaría a cabo en el Hotel ME Reina Victoria de Madrid. Este contaba con unos espectaculares salones y una terraza desde la que podrían deleitarse con una asombrosa vista de la ciudad.

El mes siguiente fue un continuo estrés. Tenían que empezar a realizar las gestiones con la empresa americana, ver el mercado al que se iban a enfrentar, el personal que iban a precisar y todo en un tiempo estimado de

menos de un año. Con todas las gestiones que debían llevar a cabo, la noche del evento había llegado casi sin que se dieran cuenta, y ya dejaban por un día todas las dificultades para disfrutar con los integrantes de la empresa. Cuando todos los asistentes se encontraban ya en sus mesas, tal y como tenían previsto, Héctor se levantó para iniciar el discurso:

—Buenas noches y bienvenidos a esta cena de empresa. Barusa Asociados se enorgullece de teneros aquí esta noche. Como ya sabéis la situación de la empresa ha seguido una trayectoria satisfactoria en estos últimos meses y se encuentra en los baremos que nosotros pretendíamos. Quiero recalcar que todo trabajador de Barusa Asociados tiene seguridad laboral con nosotros. Hasta la presente ya están cuadrados todos los departamentos y cada uno de vosotros sois una pieza indispensable dentro de esta sociedad. Para seguir en esta línea de positivismo, es para nosotros una satisfacción anunciar que Barusa Asociados tendrá próximamente una sede propia en Estados Unidos. Seguimos creciendo con vosotros y, por supuesto, contamos con vuestro apoyo y disposición. Toda la información que preciséis será notificada por los responsables de cada departamento. Deseamos que disfrutéis de la noche. Muchas gracias por vuestra presencia y bienvenidos al nuevo futuro de Barusa Asociados. Por último, esperamos que todos os divirtáis con el mágico concierto que hoy dará para nosotros el grupo del momento de la movida madrileña. Demos la bienvenida con un fuerte aplauso a Alaska y los Pegamoides —concluyó cordialmente el directivo.

Mientras los asistentes disfrutaban del concierto privado que estaban dando para ellos, Martín no podía dejar de mirar a un misterioso hombre cubierto con una capucha que se encontraba detrás del escenario. Al principio pensó que se trataba del técnico de sonido que estaba arreglando algo, pero en sus manos vio algo que le resultaba familiar..., llevaba unos guantes azules. Martín se preguntaba una y otra vez dónde había visto ya

esos guantes y al cabo de un rato lo recordó: esos guantes eran muy parecidos a los que estaban dentro de la caja con motivos mozárabes que tenía en el despacho de su casa. El hombre encapuchado levantó la mano saludando a Martín y este se giró hacia atrás para comprobar si saludaba a otra persona. Cuando volvió la mirada el hombre con capucha ya había desaparecido.

El espectáculo seguía su curso y los socios se reunieron en la terraza. Mientras tomaban una copa de **whisky**, charlaron de los distintos acontecimientos a los que debían hacer frente tras la expansión. Héctor comunicó a sus amigos que había pensado que su mujer Ágata se hiciera cargo de las relaciones internacionales, puesto que había adquirido una gran experiencia y siempre había dado buenas ideas que habían salido adelante. Enrique le reprochó que no iba a consentir que su mujer interfiriera en las decisiones internas de la empresa haciendo y deshaciendo a su antojo, ya que desde hacía algún tiempo Enrique pensaba que Héctor estaba siendo manipulado por su esposa. Dicho esto, los hombres llegaron a las manos y Martín tuvo que intervenir para intentar separarlos, alegando que estaban de celebración y que debían comportarse. El lunes durante la reunión hablarían de todo lo sucedido tranquilamente.

Martín y Enrique bajaron al salón dejando solo a Héctor en la terraza del edificio. Este comenzó a no sentirse bien hasta que, de repente, notó como un objeto punzante le atravesaba. Tras unos minutos apareció entre la multitud. Tenía la mirada perdida y como una estatua petrificada señalaba en dirección a la mesa donde su esposa y sus amigos se encontraban sentados. Acto seguido se desplomó en el suelo dejando caer su alianza cubierta de sangre...

